

Los avatares de la universidad pública: aproximaciones iniciales para su resignificación

ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ*

En las sociedades periféricas las múltiples crisis de la universidad pública se relacionan abiertamente con el agotamiento del Estado desarrollista y de los grandes proyectos nacionales, hasta conducir a esta organización de educación superior a una devaluación de su trascendencia histórica que le obliga a promover en su interior procesos de resignificación académica e institucional. Ello amerita colocar en el centro del debate su pertinencia social y las diversas aristas de esta crisis multidimensional para comprender su papel en medio del colapso civilizatorio contemporáneo.

Los saberes no son definitivos, también
es posible pensar que la universidad
no es el centro del saber absoluto.
Una universidad que se divorcia
de los problemas de su tiempo es un claustro.
Arnaldo Guédez

La universidad es discusión, es efervescencia,
no es pensamiento único.
Alberto Kornblihtt

Hay una creciente frustración de la sociedad
respecto a la indecisión y renuencia
de la universidad para enfrentar
el desafío del cambio.
James Duderstadt

Los académicos: revolucionarios respecto
a la sociedad en que viven y muy conservadores
respecto a la organización que los emplea.
Moisés Naím

Hacer cambios en la Universidad
es como remover cementerios.
José Ortega y Gasset

Transformar la Universidad (...)
es como reconstruir un avión en pleno vuelo.
Se deben reconvertir los motores de hélice
a turbina; se debe hacerlo volar a mayor velocidad
sin aumentar el consumo de combustible y todo
debe hacerse sin aterrizar, con limitada cantidad
de gasolina, sin que los pasajeros se inquieten
y con terroristas a bordo.
Ricardo Arechavala

Preámbulo¹

La universidad no es un compartimento estanco ni una organización aislada del entorno que la acoge. Está, más bien, en constante interacción multidireccional e intergénesis dinámica con ese entorno social y con los problemas públicos que en él afloran. A su vez, si bien asediada por múltiples crisis a lo largo de las últimas décadas, no todo en ella es negativo ni es viable desdeñar sus aportes y cuanto emerge de su seno en su

¹ Una primera y acotada versión del presente artículo se difundió a manera de ensayo como parte de la serie *Tópicos iniciales para la apertura del debate en torno a la Reforma Universitaria*, difundida por la Coordinación de la Reforma Universitaria de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

* Investigador asociado, Universidad Autónoma de Zacatecas. Docente, Universidad Nacional Autónoma de México

vinculación con la sociedad. Sin embargo, pese a su ancestral conservadurismo es importante reconocer que la universidad es de las pocas organizaciones humanas capaz de reflexionar sobre sí misma, desde sus adentros, alejándose de sus concepciones, prácticas y hábitos para desplegar el pensamiento crítico. Si bien los cambios que en ella ocurren no son al ritmo de las vertiginosas transformaciones sociales, la universidad, pública y dotada de autonomía, cuenta con márgenes de maniobra para tomar distancia relativa respecto a las estructuras de poder, riqueza y dominación, y ello lo logra a partir de la capacidad para ejercer la autorreflexividad y para posicionar autodiagnósticos dotados de un carácter estratégico. Sólo desde allí y convencidas sus comunidades de académicos, estudiantes y administrativos de la necesidad de cambios, es posible sentar las mínimas bases de la resignificación y reforma de la universidad pública. El presente texto pretende explorar varias de esas dimensiones que contribuyen a interpretar la inadecuación histórica o la escisión de la universidad tras identificar algunos de los mínimos trazos de las crisis que asedian a esta organización de educación superior.

El vaciamiento de la universidad pública y la crisis de sentido en las sociedades contemporáneas

Si la universidad pública como organización productora y difusora de conocimientos sistemáticos no es capaz de (re)pensarse a sí misma y de generar autodiagnósticos desde el mismo ejercicio del pensamiento crítico, entonces está condenada a perpetuar su dislocamiento respecto a la sociedad, a naufragar en los mares caudalosos y absorbentes del patrón de acumulación neoextractivista/financierista/digital, y a sujetarse a los designios del *fundamentalismo de mercado* y del *individualismo hedonista*.² Más

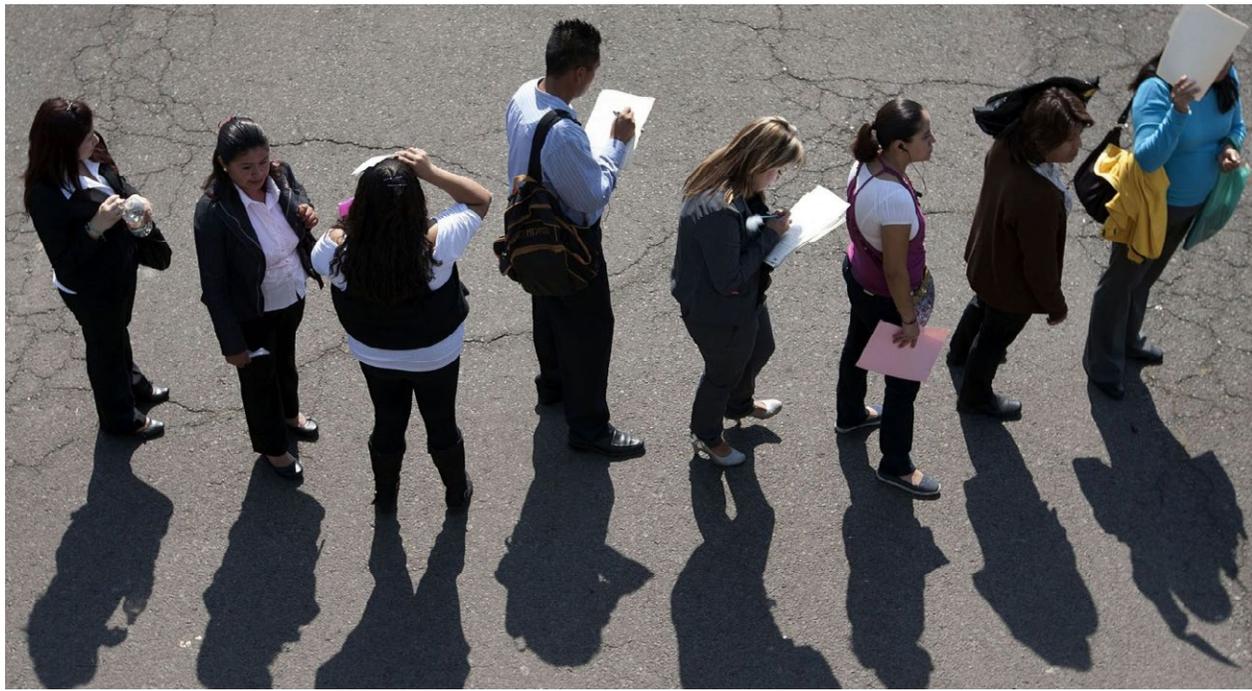
² Para profundizar en el tema, véase Isaac Enríquez Pérez, «La entronización del individualismo hedonista y el vaciamiento de la universidad», en *Tópicos iniciales para la apertura del debate en torno a la Reforma Universitaria*, Coordinación de la Reforma Universitaria de la Universidad Autónoma de Zacatecas, 2022, en <https://congresoreforma.uaz.edu.mx/wp->

todavía: sin la reivindicación de algunas de las funciones esenciales (pensemos en su vinculación con la sociedad) y la reinención de algunas otras que cayeron en el anquilosamiento (sean la generalizada compartimentalización de los conocimientos y una inconexa división técnica del trabajo científico), la universidad no sólo se distancia de *los grandes problemas mundiales, nacionales y locales*, sino que experimenta una escisión con las comunidades que la sufragan a través de los impuestos. Incluso, es acusada la tendencia de que las universidades marchan a la zaga de la misma sociedad y que como organizaciones dejaron de ser vanguardistas en muchos ámbitos, hasta verse rebasadas por los vertiginosos cambios del mundo contemporáneo. Por tanto, caer en la intrascendencia es uno de los riesgos que campean sobre las universidades ante el vaciamiento de sus funciones y la actitud pasiva y adaptativa que no pocas comunidades académicas asumen en su interior y respecto a su entorno social. Escapar de esas tendencias marcadas sólo es posible mediante su resignificación institucional y académica acorde al entorno social y las especificidades locales.

En principio, la universidad contemporánea —particularmente en las sociedades periféricas— es víctima, por un lado, del burocratismo y de prácticas corporativas y clientelares que se reproducen en su interior; y, a su vez, es uno de los naufragos de la austeridad fiscal que asfixió varias de sus funciones esenciales y marginó a las ciencias básicas, las humanidades y las artes. Aunque también es víctima de la misma división técnica del trabajo científico que se entronizó desde el siglo XIX con la influencia del paradigma cognitivo newtoniano/cartesiano, y que postuló la construcción de certezas a través de una epistemología mecanicista y determinista que centró el énfasis en la causalidad lineal de los fenómenos y en su supuesta propensión al equilibrio y al eterno presente sin reparar en las circunstancias o en el entorno del sujeto observador; así como en la separación o disociación absoluta entre naturaleza y sociedad, entre cuerpo y mente, entre materia y espíritu, entre sujeto y objeto, entre cantidad y cualidad, entre razón y sentimiento. Resultado de ello fue la parcelación o compartimentalización de los conocimientos en las universidades y su desfase ante la densidad de la totalidad y de los sistemas complejos que emergen y se posicionan en el cambiante mundo contemporáneo.

A su vez, el *fundamentalismo de mercado* y la *racionalidad tecnocrática* impusieron en la universidad una racionalidad técnico/instrumental que, en aras del productivismo y la meritocracia, supeditó al humanismo, el hábito de *aprender a aprender* y el *arte de conocer*. Se impuso el *saber medir* y el *saber hacer* por encima del *saber pensar* y de la urgencia de formular y responder las grandes

[content/uploads/2022/02/topicos-iniciales-II.pdf](https://congresoreforma.uaz.edu.mx/wp-content/uploads/2022/02/topicos-iniciales-II.pdf)



preguntas en torno a los problemas estructurales de la humanidad. Más aún, los principios humanistas que caracterizaron a la universidad en siglos anteriores tendieron a desvanecerse conforme se imponía el pragmatismo a ultranza y se socavaba la ideología del liberalismo.

A su vez, la misma razón científica fue dinamitada ante discursos y narrativas preñados de negacionismo y dosis de posverdad. El advenimiento del *mundo posfactual* no sólo corroe el ámbito de la praxis política, sino que la propia praxis académica es presa del influjo del vaciamiento de sentido experimentado por las ideas y la palabra. Estos fenómenos cuestionan la relevancia de la verdad como principio rector de la ciencia moderna, al tiempo que erosionan la legitimidad de la universidad y su papel en la cultura —entendida en su acepción antropológica más amplia.

Si el productivismo, el eficientismo y la racionalidad empresarial se apropiaron de la universidad a lo largo de los últimos 40 años, esta organización atraviesa una crisis institucional que la coloca contra las cuerdas y la hunde en el extravío y el desatino. De complementaria manera, la hiperespecialización se torna funcional a ese productivismo y parametrización del conocimiento. Si se trata de *saber hacer* y

no de *saber conocer*, entonces perder de vista la totalidad es el primer paso para abonar a ese productivismo y atomización de la investigación y la docencia. Esa hiperespecialización supone, en paralelo, una jerarquización de las disciplinas y los conocimientos, y ello, por supuesto, también está signado por las relaciones de poder y la correlación de fuerzas en el interior y entre las comunidades académicas.

¿La universidad estará capacitada y cuenta con la vocación para comprender y asimilar la totalidad que subyace en los fenómenos y el carácter complejo del mundo contemporáneo? Lejos de la vanguardia y el proactivismo, la universidad se refugia en actitudes y prácticas pasivas, adaptativas o acomodaticias. A lo sumo, reacciona instalando una fábrica de egresados *ad hoc* al campo laboral regido por el sistema de la manufactura flexible y el trabajador polivalente y eficiente; y en el peor de los casos una fábrica de desempleados —que experimentan la exclusión social— o de subempleados —expuestos a la precariedad laboral, la explotación desmedida y a relaciones clientelares. El carácter técnico/profesionalizante de la universidad lo afianzan las metodologías de competencias que sujetan los planes y programas de estudios a los imperativos de la empresa y del

Lejos de la vanguardia y el proactivismo, la universidad se refugia en actitudes y prácticas pasivas. A lo sumo, reacciona instalando una fábrica de egresados *ad hoc* al campo laboral regido por el sistema, el trabajador polivalente y eficiente; en el peor de los casos una fábrica de desempleados.

emprededurismo. Es la ideología instrumentalista de la formación de capital humano en su más acabada expresión y al servicio del desgastado modelo del crecimiento económico ilimitado.

El paradigma tecnoeconómico contemporáneo exige una formación técnica y funcional que transmute al conocimiento en una mercancía y en parte crucial de los procesos de acumulación de capital a gran escala; impone la *fetichización del dato y la información*, y convierte a la universidad en un nicho falaz de eficiencia para la realización y el éxito individuales. La cultura mercantilista se erige como dogma incuestionable y succiona el carácter reformista y transformador de la universidad. Más aún, la universidad dejó de formar ciudadanos y abrió los márgenes para hacer de éstos un *homo oeconomicus* consumista, movido por sus gustos y preferencias, y aficionado al hedonismo.

Las mismas plantas académicas tienden a atomizarse y a fragmentar el sentido de comunidad y el carácter colectivo de la construcción del conocimiento al caer en el influjo de sistemas de estímulos económicos³ que premian el esfuerzo individual y menosprecian la colaboración interdisciplinaria. En esas lógicas evaluadoras del trabajo académico se privilegian las actitudes y motivaciones competitivas, individualistas, los intereses creados, el cortoplacismo y la mejora económica por encima de principios vocacionales, colectivos y la construcción de una obra y una trayectoria sólida que apunte a refrendar la labor teórica como praxis histórica.

La universidad no sólo desdeñó durante las últimas décadas la relevancia del pensamiento clásico como matriz de la interdisciplinariedad y como fuente de rigor para pensar y razonar, si-

no que también desdeñó —al abrazar el nihilismo posmoderno— las grandes narrativas emanadas del movimiento filosófico/intelectual de la modernidad europea y —en nuestro caso— de lo más elaborado y fecundo del pensamiento crítico latinoamericano. La revisión crítica de los paradigmas se supedita o es eclipsada por la premura o el inmediatismo que se impone en el trabajo académico; los universitarios se perfilan como autómatas aferrados a una tradición de pensamiento de la cual no son más que intérpretes —situación acentuada en las ciencias sociales y las humanidades. Y con ello se arrincona el pensamiento crítico y las posibilidades de construcción de nuevo conocimiento a partir de esa revisión sistemática y creativa. A su vez, la emergencia y expansión de la incertidumbre cuestionan el paradigma mecanicista y determinista regido por certezas y por la creencia de un eterno presente, pero amplios sectores de la universidad se resisten a reconocer esa tendencia contemporánea y tienden a petrificar el conocimiento y el quehacer científico.

Más todavía: el mismo *colapso civilizatorio contemporáneo* y la *crisis de sentido* de las sociedades occidentales hunden las raíces de sus causalidades en la propia crisis de la universidad, pues ésta también es corresponsable del devenir de sus comunidades y naciones. Las universidades —especialmente en el mundo periférico— omiten pensar al futuro como noción de cambio social y no son más un referente en la estructuración de los proyectos de nación ni en la construcción de posibilidades de cohesión social. Estas instituciones de educación superior omitieron o —en el mejor de los casos— devaluaron su función histórica de pensar y contribuir a la confección de los proyectos de desarrollo nacional. El problema asimismo se remonta a un colapso de legitimidad de la misma universidad como consecuencia de ese dislocamiento, de una fascinación por la misantropía y del miedo al futuro. Sus conocimientos acumulados, sus innovaciones tecnológicas, sus vanguardias artísticas, no calan en lo más profundo de las estructuras sociales ni desentrañan las causas últimas de las nuevas desigualdades, conflictividades y formas de explotación que se ciernen sobre la humanidad. *Cuasiaristocracias* conservadoras o progresistas asumen como patrimonio de intereses de grupo estos acervos universitarios y los distancian de las comunidades que los sufragan. Esto es, la universidad prescinde de sus funciones como agente dinámico y proactivo de cambio social; por ende, tiende a vaciarse de generosidad por el bien común y la formación de cultura ciudadana. En suma, la irradiación de la *racionalidad técnico/instrumental* eclipsa la posibilidad de reivindicar una universidad humanista y proactiva respecto al faro del desarrollo nacional, con todo y las insuficiencias y contradicciones que le caracterizaron a esta noción en el periodo de la segunda posguerra.

La ideología del productivismo y la eficiencia se traduce —por un lado— en la hiperespecialización y —por otro— en una pérdida de valor

³ Estudios empíricos al respecto son: Rosalía Susana Lastra y Óscar Comas Rodríguez, «El profesor universitario: entre el estímulo económico y la epistemodinámica», *Revista de Educación Superior (RESU)*, vol. XLIII, núm. 170, abril-junio 2014; Rosalía Susana Lastra y Óscar Comas Rodríguez, «El mítico ambiente de los científicos: entre la evaluación externa y el interés económico», *Reencuentro. Análisis de Problemas Universitarios*, núm. 71, enero-junio 2016; Rosalía Susana Lastra, Óscar Comas Rodríguez y Eva Aguayo L., «Suposiciones de la «evaluación externa-estímulos económicos» al profesorado universitario: método de contraste España-México», *Revista de Educación Superior (RESU)*, vol. XLVII, núm. 185, 2018.

de la pertinencia social e institucional de la universidad más allá de sus relaciones con la empresa. En las sociedades periféricas, no obstante, esa relación con la empresa no es del todo tersa, pues la iniciativa privada evidencia cierto recelo contra la universidad pública, sus prácticas corporativas y su proclividad hacia los movimientos sociales; al tiempo que esa organización de educación superior no responde con celeridad a los cambios propios del proceso económico y del patrón energético y tecnológico.

La universidad pública ante la fragmentación de la docencia y la investigación

La universidad es una construcción social, pero a su vez, aquella —tal como se argumentó en un inicio— no es un compartimento estanco, sino que la sociedad también es moldeada en sus formas y sentido desde la universidad. Sin embargo, la crisis de la universidad como organización es la crisis de quienes le otorgan razón de ser: sus académicos, con las condiciones laborales precarias, los círculos viciosos de la búsqueda desbordada de puntajes para lograr prestigio y estímulos económicos, y las maneras de organización de la praxis científica.

El arcaísmo de «claustró universitario» crea dogmatismos donde una especie de sumo sacerdote pontifica y dispone de su séquito de acólitos que validan, corean y le rinden culto a su narrativa e ideología. La cultura sumisa del intérprete petrifica el despliegue de la *imaginación creadora* y torna incuestionables a las tradiciones de pensamiento que se defienden desde determinada trinchera y casta. Entonces el conocimiento tiende a anquilosarse y a distanciarse del mundo fenoménico; se reduce a un patrimonio de gremios en el concierto de jerarquías autoritarias dadas por las relaciones de poder, las lealtades políticas, y no por correlaciones plurales y democráticas. Estos círculos viciosos inhiben el flujo del conocimiento y de su carácter estratégico a aquellos ámbitos de la sociedad donde urgen las respuestas a sus grandes problemas. Ello convive hoy día con la mercantilización de la universidad y con la creencia fervorosa de que ésta requiere adaptarse mecánicamente y acríticamente al mercado y a la racionalidad empresarial. Por un lado, se mercantiliza el conocimiento de punta con la llamada *Big Science* y se atraen financiamientos externos a través de la gestión de proyectos, pero por otro predomina una racionalidad burocrática en los procesos de enseñanza/aprendizaje que a su vez se rigen por ritos y cultos de tipo monacal donde priva el dogmatismo y la subordinación.

Particularmente, en las mismas universidades la docencia tiende a petrificarse. Reducida a una actividad mecánica, acrítica, supeditada a la improvisación y descontextualizada de lo local, la docencia es más una labor informativa que formativa. En cualquiera de las disciplinas, si el estudiante es un receptáculo de información y de teorías vacías de

contenido, descontextualizadas, transmitidas por un docente que se asume protagonista, entonces las posibilidades de conversación dialógica en el proceso de enseñanza/aprendizaje se diluyen. En medio de ese ejercicio mecánico el estudiante se torna acrítico y deja de pensar por sí mismo y de mostrar alguna postura ante la realidad y su conocimiento. Así, el docente se convierte en un *burócrata del conocimiento* que espera obediencia y feligresía de estudiantes ávidos de referentes. Ese carácter profesionalizante de la universidad la acerca a una fábrica productora de mano de obra pasiva, acrítica y social-conformista desarraigada de las necesidades del entorno social y sujeta a herencias e inercias medievales donde impera un pensamiento parroquial revelado como incuestionable.

Entonces no se toma plena conciencia del acto de aprender, sino que es visto como un acto procedimental donde prevalece la racionalidad del costo/beneficio y se raya en el anquilosamiento mental que suprime la experiencia, potencial, energías y espiritualidad del estudiante. Esa racionalidad instrumental, en el caso del docente, se reduce no pocas veces a un proceso mecánico en el que, a través de la docencia —o lo que se define tecnocráticamente como formación de recursos humanos—, obtiene estímulos económicos, prestigio o demás prebendas; mientras que el estudiante cree acumular conocimientos para brindar respuestas automáticas, acreditar asignaturas y lograr una titulación para adaptarse al campo laboral. Ni qué decir del plagio y la proclividad a inhibir la formación de una postura y una voz propias fundamentadas en la libertad de pensamiento.

Cuando el conocimiento se convierte en simple información, el proceso de enseñanza/aprendizaje deviene en una mutilación de la vocación, la alegría y el gusto por el *arte de conocer*, y que consiste en crear y reafirmar vínculos colectivos para comprender el mundo y contribuir a transformarlo. Si no se cultiva la capacidad autodidacta a través de ese acompañamiento del docente y del resto del grupo, entonces el conocimiento se torna inerte y lejano del debate y la contrastación

empírica. Lo que la verdadera docencia cultiva es un cúmulo de situaciones, experiencias y ejercicios intelectuales que facilitan la formación escolar y el ejercicio profesional. De ahí el carácter transformador de la docencia por cuanto modifica al individuo y trastoca su entorno.

En las universidades no sólo basta un docente que domine la disciplina que imparte, ya que se precisa de un dominio didáctico/pedagógico y de una vocación por producir nuevos conocimientos con criterios de innovación que atiendan lo inédito y lo desconocido. De lo anterior surge la relevancia del ingenio y la *imaginación creadora*, que se funden con la intención de cambio y con la capacidad para esbozar nuevas preguntas y construir respuestas sustentadas metodológicamente.

En suma, la docencia en las universidades está urgida de asumir el carácter complejo de esta praxis, de trastocar las tradicionales relaciones jerárquicas entre docentes y estudiantes, hacer de la investigación educativa el eje rector del ejercicio didáctico y pedagógico, y de crear una simbiosis entre el cultivo del razonamiento y la asimilación de principios transformadores de la realidad. Sólo así la universidad contemporánea escapará de sus propias cadenas y hará del pensamiento crítico una praxis permanente en la formación de las nuevas generaciones.

La pertinencia social de la universidad en las sociedades periféricas

El problema de fondo respecto a lo analizado en los párrafos anteriores radica en que el conocimiento emanado de las universidades y del ejercicio de las ciencias, las humanidades, las tecnologías y las bellas artes experimenta la erosión de su sentido público —el referido a la *res publica* o a lo común— y de su incidencia en el entorno inmediato y mediato. Si a ello sumamos la emergencia y proliferación —en las últimas cuatro décadas— de *institutos cooptados por el mantra del mercado* —a los cuales no es viable denominarles universidades por mucho financiamiento privado que tengan— y que se privilegia en éstos atender la falaz ley de la oferta y la demanda impuesta por la empresa

privada, entonces los escenarios en los cuales se posiciona la universidad pública son volátiles y ponen en predicamento su existencia, validez y pertinencia institucional y social.

La universidad, a lo largo de los siglos, se configuró como fuente de sabiduría; su objetivo fundacional consistía en alcanzar este último principio y praxis. La sabiduría se vinculó con el humanismo y con la búsqueda de respuestas y explicaciones respecto a las grandes preguntas. El vaciamiento de ello es posible atribuirlo al riesgo que supone la alta especialización cuantitativista y neopositivista. Sustraído del pensamiento filosófico y de la formación como intelectual, el especialista no es más que un ser instruido que despliega habilidades, pero no hurga en las causas profundas del mundo fenoménico. La división técnica del trabajo científico que predomina en las universidades facilita que individuos dotados de una capacidad intelectual común se acerquen a ciertos logros y éxitos profesionales que podrían parecer excepcionales (eméritos, doctorados *honoris causa*, etcétera), pero ello, en automático, no les conduce a la sabiduría. A su vez, la falacia de la objetividad se encamina a sustraer la relevancia de la verdad y a subsumir los principios de la ética, restando con ello la vocación de ejercer el pensamiento crítico y de contar con convicciones sobre el compromiso social. No sólo se omite la reflexión profunda acerca de los proyectos nacionales de largo aliento, sino que en el seno de la universidad se extravió la reflexión sobre el futuro y sus avatares, de tal manera que esta organización —pese a su potencial de cambio— marcha a la zaga de las mismas realidades nacionales y de sus problemáticas y necesidades urgentes.

Despojada de su vocación por el disenso y el ejercicio de la duda, la universidad pública deambula enclaustrada en los consensos e ideologías que nutren las estructuras de poder, dominación y riqueza. Si desde la investigación no se encaran las preguntas que provienen de las especificidades de las realidades nacionales, entonces la universidad puede contribuir a invisibilizar, encubrir y silenciar sus contradicciones y conflictividades.

Lo planteado en los últimos párrafos no significa que la universidad evada la relevancia de las técnicas y de las habilidades profesionalizantes, ni que se relegue lo cuantitativo y lo instrumental, sino que estos rasgos del conocimiento se encuadren en perspectivas científicas, humanísticas, históricas, filosóficas, éticas y hasta artísticas que les nutran de referentes contextuales, ontológicos, epistemológicos y políticos (entendidos como lo público y lo común). A su vez, se trata de que la universidad reflexione a su pertinencia social o su compromiso con el entorno que le rodea.⁴

⁴ Sobre este último tema véase Ana Lúcia Gazzola, «La pertinencia social de la universidad iberoamericana», *Universidades*, núm. 32, julio-diciembre 2006; Ana Lúcia Gazzola, «El compromiso social como fundamento del concepto de universidad pública», *Compromiso Social*, vol. 2, núm. 5, julio-diciembre 2021; Néstor Horacio Cecchi, Juan

Más todavía: en la universidad pública, conforme se acentúa el *individualismo hedonista* y se supedita el trabajo colectivo, se instaura una renuencia respecto al sentido del compromiso social. Aunque ello no siempre fue así: la universidad moderna perfiló la noción de que el conocimiento sería la luz para superar el oscurantismo, erigir vanguardias, aspirar a la libertad y acercarse a la humanización; al tiempo que la razón revolucionaría dicho conocimiento hasta colocarlo al servicio de la sociedad tras desplegarse —como lo postuló Francis Bacon— la apropiación de la naturaleza. El pensamiento crítico era consustancial a esa universidad en la medida que sus miembros aspiraban a la emancipación y a cuestionar —en no pocos casos— las estructuras de poder, riqueza y dominación.

Particularmente, la universidad pública latinoamericana, durante las décadas previas a 1980, se vinculó con los proyectos de desarrollo nacional y las estrategias de industrialización, de modo que hasta cierto punto fue, en tanto organización, uno de los pilares de la soberanía y de las ideologías nacionalistas. De las universidades públicas egresaban ingenieros dedicados a la construcción de infraestructura básica y a confeccionar el aparato productivo; médicos y enfermeras avocados a las campañas de salud, a la vacunación y al incremento de la esperanza de vida, incluso en comunidades apartadas; economistas y planificadores que participaron en los procesos de planeación; docentes que facilitaron campañas de alfabetización y capacitación de la fuerza de trabajo; abogados que eslabonaron la estructura jurídica de las naciones, entre otros. De tal manera que esa modalidad de universidad contribuía a la formación del Estado moderno y a la mejora de las condiciones de vida en la sociedad que le sufragaba y delegaba funciones estratégicas en la provisión de bienes públicos. A su vez, amplios sectores estudiantiles y académicos de la universidad pública fueron blanco de los regímenes contrainsurgentes en el Cono Sur y de la faceta represiva en países que como México desplegaron un Estado corporativo.

Sin embargo, los atributos anteriores no facilitaron la superación de la dependencia científica y tecnológica en la región, pues al restringirse el financiamiento público destinado a la investigación y al posicionarse los monopolios en los sectores económicos más dinámicos —cuando menos desde los 1960—, estos monopolios impidieron la transferencia tecnológica y reconcentraron el conocimiento y las innovaciones. Recientemente, eso se evidenció de manera exacerbada con la pandemia de covid-19 y la afianzada dependencia con los países desarrollados en materia de medicamentos, equipos de protección, antivirales, y de diseño, investigación, producción, distribución y comercialización de vacunas.

José Lakonich, Dora Alicia Pérez y Andrés Rotstein, *El compromiso social de la universidad latinoamericana del siglo XXI: entre el debate y la acción*, Buenos Aires, Instituto de Estudios y Capacitación de la Federación Nacional de Docentes Universitarios, 2009.

Entonces, si el compromiso social torna a debilitarse en la universidad pública contemporánea, ¿dónde quedan principios como la solidaridad, la empatía, la formación de ciudadanía, la justicia social, la apertura y respeto a la interculturalidad, la tolerancia, el uso público de la razón, y la misma relación academia/praxis política? Las universidades cambian históricamente, inciden en su entorno social, al tiempo que reciben los impactos de la sociedad que las alberga; en consecuencia, no son organizaciones inmutables ni aisladas. Por tanto, los valores o principios tienden a transformarse a lo largo de la historia y se redefinen al exponerse a los propios cambios estructurales y organizacionales del capitalismo y a las mismas transformaciones de los Estados. Sin embargo, es posible observar que las universidades públicas se marginaron de las vanguardias teóricas, intelectuales, artísticas, políticas y tecnológicas, y abandonaron —en no pocos casos— el monopolio o el liderazgo en esos ámbitos. De ahí la urgencia para resignificarse históricamente, de escapar de la pasajera comodidad y de la misma elitización y reconcentración del conocimiento.

Distante de los mecanismos efectivos de capilaridad social la universidad pública enfrenta un dislocamiento respecto al campo laboral y al tecnoparadigma que subsume y desaparece unos oficios y profesiones e incentiva la emergencia de otros nuevos. Aunado a ello, los mecanismos de extensión y vinculación de la universidad pierden efectividad conforme sus élites académicas se desarraigan del territorio y viven presas de la *falsa ilusión de la meritocracia* y de la *racionalidad tecnocrática*. Esto no sólo inhibe a las organizaciones de educación superior en su tarea de brindar respuestas y alternativas de cara a las problemáticas sociales, sino que las encamina a la vorágine del *colapso civilizatorio contemporáneo*. Más aún, el problema de la universidad contemporánea es, en esencia, uno de corte civilizatorio por cuanto su sentido es puesto en predicamento y predomina en ella una escisión referente al entorno social.

A su vez, la universidad pública se enfrenta a ritmos vertiginosos en la transformación

y acumulación del conocimiento sistemático, mientras que éste ya no es patrimonio exclusivo, pues lo mismo la empresa privada cultiva la ciencia básica y las innovaciones tecnológicas. Del mismo modo, con la globalización se alcanzan densidades en las relaciones sociales que tornan obsoletas lo que hasta ayer eran verdades incuestionables, lo que suscita desfases y rupturas epistemológicas. De ahí que las universidades públicas, en sus esfuerzos por reivindicar su compromiso social, requieren institucionalizar el *aprender a aprender*, el *aprender a desaprender* y el *aprender a reaprender* a partir de los nuevos bríos que adquiere la *imaginación creadora* y la contrastación empírica. Lo anterior supone reconocer que en la encrucijada signada por megatendencias mundiales la universidad pública abraza una actitud adaptativa y contenedora, y no proactiva de cara a los cambios de las sociedades contemporáneas. El problema estriba en que esta organización no forma profesionistas ni produce conocimientos para comprender esas megatendencias mundiales, las especificidades locales, las nuevas desigualdades y conflictividades, ni para enfrentar nuevos escenarios caracterizados por

la incertidumbre y la contingencia. Más aún, la educación continua y la educación para la vida son fundamentales para formar y actualizar permanentemente a estudiantes y docentes. Sólo así comprenderán a cabalidad los problemas públicos y construirán posibles soluciones que les trasciendan.

La pretendida superioridad intelectual y la jactancia epistemológica del universitario también lo alejan de las necesidades y urgencias sociales. Se impone entonces una verticalidad y arrogancia que nubla la mirada y aleja la modestia respecto a las posibilidades de incidencia de la universidad en su entorno social. A su vez, se desconoce y subsume el potencial de los conocimientos comunitarios que emergen a ras de tierra y en la cotidianeidad.

A grandes rasgos, si la universidad pública, sus académicos, administrativos, estudiantes y demás empleados se muestran renuentes y distantes al compromiso con su entorno social es porque esa organización se desvinculó de las posibilidades de desarrollo nacional y extravió la noción de futuro y el carácter complejo de sus funciones y del mismo conocimiento. En regiones

Si la universidad pública se muestra renuente y distante respecto al ejercicio del compromiso con su entorno social es porque esa organización se desvinculó de las posibilidades de desarrollo nacional y extravió la noción de futuro y el carácter complejo de sus funciones y del mismo conocimiento.



como la latinoamericana, la universidad perdió el sur al desacoplarse del cultivo de las ciencias y las humanidades especializadas en la comprensión de las especificidades locales/nacionales. Una primera condición para tomar distancia de ello consiste en reivindicar la relevancia del ejercicio del pensamiento crítico aplicado al mismo conocimiento, al mundo fenoménico y a la misma universidad, la cual precisa de autodiagnósticos permanentes como mecanismos para reconocer sus contribuciones, alcances y limitaciones.

Consideraciones finales sobre la investigación: la resignificación de la universidad pública como praxis permanente

Reconocido lo anterior, resignificar y refundar la universidad pública es un imperativo urgente, impostergable y permanente para revertir las tendencias analizadas que surcan los escenarios de las sociedades contemporáneas. En sus facultades y potencialidades endógenas y en la reivindicación de su autonomía estarían fincados parte de los horizontes de posibilidades. Sin referencias a la interculturalidad, al género, a las nuevas desigualdades, a lo local y al compromiso social y ambiental, las universidades continuarán desfasadas de las urgencias regionales y nacionales, al tiempo que perderán de vista los cambios de ciclo histórico impuestos por las megatendencias mundiales. Presa de la misión de la asimilación cultural, la universidad se enfrascó en la integración social de los individuos, pero desconoció las cosmovisiones, saberes, valores y especificidades culturales de los espacios locales multiétnicos donde se despliega. Ampliar el ejercicio del pensamiento crítico respecto a la misma universidad tomará aires frescos si se incorpora la reflexión, acciones y creatividad de las juventudes⁵ y las posibilidades emancipadoras de los estudiantes.

De ahí que la resignificación y reforma de la universidad sea un ejercicio permanente de diálogos interculturales, pero también de

diálogos interdisciplinarios y de diálogos multidireccionales y horizontales referentes a los problemas públicos. Ello supone reconocer que la crisis disfuncional de la universidad se relaciona con el extravío de sus funciones en torno a la formación de élites vanguardistas que apostaban a la emancipación nacional. Resignificar a la universidad pública no es una misión que la conduzca a reforzar sus lazos con el mercado, ni una tendiente a romper definitivamente con él, sino que se trata de afianzar la relevancia social, científica y humanística de la universidad a partir de una postura proactiva mediada por la asimilación de las tecnociencias, el despliegue de la *imaginación creadora*, la descolonización del pensamiento y el posicionamiento de proyectos de investigación/incidencia que acerquen a la universidad a los problemas de los excluidos y marginales. Sin ese giro en sus funciones la universidad pública reincidirá en la inadecuación histórica y se extraviará en la intrascendencia social. En efecto, desde la universidad es urgente anteponer las ciencias críticas a la *Big Science* y subvertir las narrativas que fortalecen dispositivos de control social. A su vez, la universidad necesita revertir el proceso de descuidadización y despolitización de las sociedades contemporáneas y hacer de la otredad una guía para interactuar con lo diferente. De ahí que la resignificación de la universidad pública sea un proceso histórico impostergable que no sólo es académico, institucional, sino también ético, político, estratégico y civilizatorio. 🌱

⁵ Para mayores detalles léase Isaac Enríquez Pérez, «Los derroteros de la universidad en la emergencia de la era postpandémica: la investigación interdisciplinaria y el pensamiento crítico como posibilidades de las juventudes», *Tópicos iniciales para la apertura del debate*.